

ya vestido, aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa: "De aquí no me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre buscándoos para remedio de sus desdichas.—No os responderé palabra, hermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra hacienda fasta que os levanteis de tierra.—No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.—Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave.—No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor," replicó la dolorosa doncella; y estando en esto se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: "Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada; solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopia.—Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo;" y volviéndose á la doncella, dijo: "La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.—Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.—Digo que así lo otorgo, respondió Don Quijote; y así podeis, señora, desde hoy mas, desechar la malencolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que, con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro." La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos; mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual, viéndose armado,

dijo: "Vamos de aquí, en el nombre de Dios, á favorecer esta gran señora." Estábase el barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dijo á sí mismo: "¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio con qué vivir descansado todos los días de mi vida? No sino dormís, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo." Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban; y fué que, con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della Don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos, y diciendo á voces: "Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes;" y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir

y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decia: "Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié.—Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura; estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destes señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.—Aun no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió Don Quijote; y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.—Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa; y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo.—Así es," respondió el barbero; y apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar; y fué el mal que, al subir á las ancas el barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que, para decir que era mala, esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que, á darlas en el pecho de maese Nicolás, ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron; y, como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caído, dijo: "¡Vive Dios, que es gran milagro este! ¡las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran aposta!" El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacia maese Nicolás dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quijote sobremanera, y rogó al cura que, cuando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender; pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que, pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. "Así es," dijo el cura; y prometió de enseñárselo en la primera